

y esperpénticas ("el hastio representado en tres modos distintos, pero uno en esencia")... Son, todos ellos, tipos que caracterizan lúcida y con claridad el contenido social de una época que nos es históricamente lejana y, sin embargo, salvando distancias obvias, biológicamente actual. Comprender que el joven Galdós es todavía, y a pesar de los pesares, nuestro contemporáneo es algo que debería producirnos una amarga y deprimente sensación. ■ S. R. SANTERBAS.

BENITO PÉREZ GALDÓS: «La fontana de oro». Alianza Editorial, Sociedad Anónima, Madrid, 1970.

El extraño Pitol

Según el presentador, Sergio Pitol «es un extraño personaje que apareció por Barcelona hace dos años. Vivió dos meses en el «barrio chino» antes de tomar contacto con la «gauche divine». Sorprendió en seguida por su vastísima cultura, sus conocimientos de China, donde estuvo un año, y de la literatura de los países socialistas... Nunca se supo muy bien lo que hizo antes de venir a España. Sólo sabemos que nació en Méjico, donde fundó editoriales, dirigió revistas literarias y publicó cuatro libros de relatos. Después nos parece que entró en la carrera diplomática, que dejó un día para viajar en un barco de carga alrededor del mundo...».

Sergio Pitol es el autor de la serie de relatos publicada en Barcelona (Tusquets Editor), dentro de la Colección Cuadernos Infimos. Su complicada vida, sintetizada en las cuatro líneas arriba reproducidas, encuentra en estos cuentos una transposición de los momentos más confusos u opacos. Parece ser que Pitol, después de estructurar un determinado relato se vuelca en su desmontaje, en su transformación radical, de acuerdo con la incorporación de nuevas vivencias o puntos de vista diferentes. Es corriente, pues, que cualquiera de sus cuentos nos recuerde otro leído anteriormente.

El pasado confuso, la niebla, el sueño, el delirio, son los elementos con que juega este autor mejicano que tal vez trata de integrarse en el

«boom» latinoamericano, pues ya se anuncia la publicación de una novela suya. Esta colección de narraciones, que titula con el nombre de una de ellas, «Del encuentro nupcial», nos ofrece un adelanto de su modo de hacer, de su mundo fantasmal, situado entre Kafka y Poe; de su progresismo, pasado por un cosmopolitismo que le define como escritor. ■ E. G. R.

Tiempo de Siega

José Esteban presenta a Carlos Álvarez. Amigos precisamente de la época en que Carlos Álvarez escribía la mayor parte de los poemas de este libro —"Tiempo de siega y otras yerbas". Colección Saco Roto. Editorial Helios—, ambos se encuentran ahora de nuevo, uno como poeta, el otro como editor. Es lógico, pues, que José Esteban nos diga, si hace falta, quién es Carlos Álvarez. Pero no hace falta y la presentación es breve y apunta en seguida hacia lo esencial: que hay y seguirá habiendo un Carlos Álvarez desconocido, inédito, condicionado por circunstancias adversas.

Este Carlos Álvarez que ahora nos ofrece José Esteban es el primero, el de 1960. No puede prescindirse de sus poemas, de estos poemas iniciales, si se quiere dar una imagen completa, auténtica, del poeta. Por otra parte, José Esteban invita, a través de esta edición, a tomar contacto con parte de una generación de la que da testimonio este libro y que apenas ha tenido la oportunidad de publicar su producción. Invitación que no debe rechazarse y que estas editoriales juveniles que ahora proliferan no deberían olvidar. ■ E. G. R.

Dos textos de Valle

Dos viejos textos de Valle, quizá poco conocidos. «El yermo de las almas», de 1908, nos ofrece un Valle lejano del autor de los esperpentos. Estamos aún en ese don Ramón estilista que lucha por situarse dentro de la vida literaria española y que no ha descubierto todavía los espejos con-

caivos y convexos del callejón del Gato. La obra es importante si la situamos dentro de la producción total del autor y la estudiamos como un tramo de su gran discurso poético; en este sentido, y dada la tendencia existente a «unificar» el juicio sobre los escritores, el estudio y la lectura del texto habrán de ser oportunos para considerar hasta qué punto la obra teatral de don Ramón es el resultado de una serie de experiencias estéticas y sociales. De «El yermo de las almas» a su «Luces de bohemia», por ejemplo, hay una distancia que es necesario entender si no queremos caer en penosa perplejidad ante el gran escritor gallego. «La marquesa de Rosalinda», estrenada la temporada última en el Español, fue, al margen de los posibles errores de la puesta en escena, la prueba de esta necesidad.

En cuanto a «Una tertulia de antaño», fue incorporada, con algunas variantes, a un episodio de «La Corte de los milagros». En el volumen de Alianza Editorial se publica el texto primitivo, que apareció también en 1908, reeditándose ahora por primera vez. El volumen, en suma, ha de contribuir al conocimiento y divulgación de quien es considerado como un escritor fundamental de nuestra literatura y nuestro teatro contemporáneos. ■ J. M.

Los premios literarios en Francia

El Goncourt y el Renaudot

PARIS.—El testamento de Edmundo de Goncourt —muerto en 1896— establecía la creación «de un premio anual de 5.000 francos destinado a una obra literaria» y «una renta de 6.000 francos en beneficio de los miembros de la sociedad». El segundo de los hermanos Goncourt añadió: «Mi voluntad suprema es que ese premio sea otorgado a la juventud, a la originalidad del talento, a las nuevas tentativas, tanto en el terreno del pensamiento como de la forma».

¿Los miembros del Jurado del Goncourt —cuya media de edad oscila últimamente alrededor de los setenta y cua-

tro años— han cumplido los términos del testamento? Cabe dudarlo. Por razones diversas, el Goncourt —equivalente a nuestro Nadal— es deseado y temido, llegando a ser vergonzoso para ciertos escritores.

Atribuido en vísperas de las compras de Navidad y fin de año, los premios literarios, y en particular el Goncourt, interesan más a la edición que a la literatura. Se regala el Goncourt o el Renaudot como se puede regalar una caja de bombones o de castañas escarchadas. El Goncourt asegura a su editor una tirada de 200.000 ejemplares, que van a manos de un público que en su inmensa mayoría no ha leído ningún libro en los once meses anteriores. Por otra parte, revisando los nombres de los premiados durante sesenta años, observaremos que pocas veces se han coronado «obras audaces», y que pocas novelas influyeron en el movimiento literario, por la sen-



Michel Tournier - Premio Goncourt 1970

cilla razón de que representaba un estilo esclerotizado y anticuado, en general el del naturalismo, ya muerto en 1900.

«EL REY DE LOS ALISOS».—No ha habido sorpresa alguna este año ni en el Goncourt ni en el Renaudot. Todo el mundo sabía que Michel Tournier obtendría el Goncourt, y casi todos los diarios anunciaban que Jean Freustié sería el Renaudot. Ambos son buenos escritores, de corte clásico y lectura fácil.

Michel Tournier nació en París en 1924. Es hombre dis-

creto y solitario. Su primera novela, escrita hace sólo tres años, obtuvo en 1967 el Gran Premio de la Academia Francesa. Se titulaba «Viernes o los limbos del Pacífico». La segunda, «El rey de los Alisos», mereció este año el Goncourt.

Las cuatrocientas páginas de esta novela se leen fácilmente de un tirón. Detrás de una historia lineal y de una anécdota sencilla se esconden símbolos y mitos que hay que descifrar con atención.

«Pienso que todos somos seres mitológicos. La historia de Robinson Crusoe me sirvió para mi primer libro, dado que encontré en este hombre, solitario en una isla desierta, lo esencial de la condición del hombre en la vida moderna. En «El rey de los Alisos» partí de un mito todavía más primitivo, más antiguo, el del Ogro. Quise contar la historia de un prisionero francés, en los años treinta y ocho-treinta y nueve, que hace la guerra, que es encarcelado en el cuarenta y enviado a la Alemania nazi».

Este prisionero es el mecánico parisino Abel Tiffauges, a quien los nazis colocan en el coto de caza de Goering. Al llegar los ejércitos soviéticos liberadores, Tiffauges desaparece llevándose en los hombros a un niño judío...

Para el autor, esta novela es una especie de exorcismo. Hijo de un erudito germanista, Tournier asistió a la ascensión del nazismo.

«Lo que más me impresionó fue el aspecto caricaturesco y grotesco de la Alemania nazi. En este aspecto, después de la derrota de Alemania en el catorce, cabía esperar un resurgimiento en todos los aspectos: literario, artístico. Pero el expresionismo no logró un cambio de mentalidades. Casi podría decir que Hitler entra dentro del clima del expresionismo...».

Novela de símbolos:

«Tenía pendiente un arreglo de cuentas con Alemania. No sabía por dónde empezar, hasta que un día caí en un detalle histórico que me llamó la atención: el diecinueve de abril, la víspera del aniversario del Führer se incorporaron los jóvenes alemanes a las Hitler Jugend. Era de nuevo el tema del Ogro, tal como lo había contado Charles Perrault».

En «El rey de los Alisos», el Ogro de Tastenburg recibe el día de su aniversario 500.000 niñas y 500.000 niños de dos años cumplidos, mientras que Goering, Ogro de Romintern, destruye y devora toda la fauna cérvica.